En un ensayo sobre el evangelio de hoy, el obispo Robert Barron escribe: «La historia del conflicto entre Marta y María se ha interpretado a menudo como un conflicto entre la vida activa y la vida contemplativa, con Jesús señalando su preferencia por esta última sobre la primera». Hay más que eso. Marta se queja de que su hermana no la ayuda con las muchas y laboriosas tareas de la hospitalidad y le pide a Jesús que haga algo al respecto. El Señor responde: «Marta, Marta, estás preocupada y distraída por muchas cosas; solo una es necesaria. María ha elegido la mejor parte, que no le será arrebatada».

El problema de Marta no es que esté ocupada ni involucrada en la vida «activa»; su problema es que está desenfocada. Su mente está dividida, vagando de una preocupación a otra, de una ansiedad a otra; hay muchas cosas que la preocupan.

Lo que María ha elegido no es tanto la vida contemplativa, sino la vida centrada. Está anclada, arraigada en lo único necesario: Jesús mismo. Esto parece implicar que si María ayudara con las numerosas tareas del hogar, no estaría preocupada ni distraída, pues podría relacionarlas con el centro, y que si Marta se sentara a los pies de Jesús, seguiría retorciéndose de impaciencia, pues su espíritu está dividido. Como suele ocurrir en la vida espiritual, el problema no es lo que hacen, sino cómo lo hacen. De hecho, la señal más clara de que algo anda mal en el alma de Marta es que incluso le dice a Dios qué hacer.

Marta está preocupada por muchas cosas, mientras que María tiene la paz de Cristo que la ayuda a mantenerse enfocada. ¿Con qué frecuencia nos parecemos más a Marta? ¿Cómo podemos ser más como María? Primero, debemos identificar qué nos preocupa. ¿Hay algo que podamos hacer al respecto? Si no, entréguemelo a Dios y dejemos que Él se encargue de ello según su voluntad. Si hay algo que podemos hacer, y es apropiado que lo hagamos, y podemos actuar según la voluntad de Dios, entonces debemos hacer lo que podamos, aunque sea algo pequeño.

Jesús nos dice que quiere darnos descanso y aligerar nuestras cargas. Nos dice que podemos lograrlo imitándolo. Ese mismo pasaje nos dice que Jesús es manso y humilde de corazón. Lo que Jesús dice es que confía humildemente en la voluntad de su Padre y la obedece. Jesús quiere que hagamos lo mismo. Jesús quiere que mantengamos nuestra paz manteniéndonos enfocados en Él, entregándole nuestras distracciones y dejándole encargarse de ellas según su voluntad, que también es la voluntad de su Padre. Sea cual sea nuestra ansiedad, no podemos permitir que nos robe la

paz de Cristo. Porque María estaba centrada en Cristo y confiaba en él, pudo ir a trabajar sin las distracciones que atormentaban a su hermana. Cuanto más nos sentamos a los pies de Jesús, mejor podemos llevar la paz de Cristo en nosotros, sin importar lo que estemos haciendo, y así es como Jesús aliviará nuestras cargas y nos dará descanso.